

DONOSTIA / Cuando la cultura tiene nombre propio

Un informe del Gobierno Vasco resaltó el año pasado el elevado índice de lectura que se registra en la red de bibliotecas municipales de la ciudad, una red de catorce mediatecas en las que, además de libros, se pueden consultar y alquilar gratis dvds, cds o trabajar con internet. Además de las nueve casas de cultura, puntos como la Escuela de Música o el Centro de Recursos Medioambientales de Cristina Enea disponen de lugares en los que encontrar un libro y, durante el verano, Urgull ha recuperado su tradición de biblioteca infantil.

El entramado cultural de la ciudad ha crecido durante esta legislatura, con la ampliación del centro de Anoeta, el Lluch y con la de Oquendo, la más ambiciosa de las dos, que ha supuesto la construcción de un nuevo edificio para cubrir la alta demanda del barrio sin alterar la fisonomía de la casa del histórico almirante. Tomasene, el viejo caserío que ardió en Altza, se ha rehabilitado también para poder completar los servicios que ya ofrecía Casares y, en Intxaurrondo, se ha demostrado que Larrotxene y Txara se han quedado pequeños para un barrio joven y poblado. Para la zona existe un ambicioso proyecto que se pondrá en marcha la próxima legislatura, una iniciativa todavía no experimentada en la ciudad que combina polideportivo con centro cívico. Y Aiete, un barrio que ha crecido mucho durante los últimos años, se encontró con un proyecto que, a la postre sería una de las polémicas más recurrentes de la legislatura: convertir el palacio de Aiete en un centro cultural que incluiría un edificio soterrado en la zona trasera del jardín y un Instituto de Derechos Humanos. PSE y PNV eran partidarios de la idea.

El debate estaba servido y, tras cartas encendidas en medios de comunicación, posturas encontradas y el inicio de un expediente de declaración del edificio como patrimonio artístico por parte del Gobierno Vasco, el proyecto cuenta ya con todas las bendiciones y el soporte de votos suficiente para salir adelante, con el respaldo de PSE, PNV y EB.

La ampliación de la red de las casas de cultura o de las bibliotecas, la constitución de una sociedad anónima para gestionar de una forma más ágil la programación de la ciudad, tenía delante, sin embargo, dos nombres propios, dos edificios señeros en cuya rehabilitación han aparecido numerosos obstáculos y un sinfín de retrasos: el Victoria Eugenia y San Telmo.

El teatro construido en 1912 se reinaguraba tras siete largos de años de discusiones, problemas técnicos y una rehabilitación más costosa de lo esperado. Y lo hacía sin un acto oficial y con el susto de que la tarima que sustituía a las butacas en el concierto de Fangoria no soportaba como debía los bailes de los espectadores. El Victoria Eugenia, eso sí, ha planteado una

intensa programación y cuenta con un estudio sobre sus futuros usos centrado en los espectáculos de determinado formato, la danza e, incluso, pequeñas actuaciones en alguno de sus espacios ganados con la rehabilitación. El público, además, ha acudido al teatro durante estas primeras jornadas de apertura.

Primera piedra

En el caso de San Telmo no ha habido inauguración, pero sí colocación de la primera piedra de un proyecto, el del equipo de Nieto y Sobejano, que busca no sólo poner en valor ese antiguo convento del siglo XVI que ha sido museo hasta ahora, sino también ampliarlo con un edificio pegado al monte, a Urgull. Las obras de renovación y ampliación serán largas, protagonizarán gran parte de la legislatura que se abrirá tras estos comicios municipales y una parte importante de los fondos se mostrarán en otro edificio rehabilitado recientemente, el de Santa Teresa, propiedad de la Diputación de Gipuzkoa. Otros objetos artísticos y colecciones se exhibirán desde este mismo verano en la llamada Casa de la Historia de la Ciudad que va a ubicarse en los viejos cuarteles de Urgull, situados junto al Sagrado Corazón. Contar con un relato histórico y museístico de los avatares donostiarras ha sido aspiración casi clásica de alcaldes y concejales de Cultura, aunque en este caso se matiza que no es ese macroproyecto soñado sino una muestra más modesta.

Y como símbolo de apuesta de futuro vuelve a aparecer Tabacalera, con sus expectativas de gran centro de cultura contemporánea y algunas críticas sobre un exceso de indefinición. Y a última hora, los antiguos depósitos de agua de Ulía van a convertirse en la Casa del Agua, un nuevo espacio expositivo e interactivo que utilizará también la zona superior como área de esparcimiento.